

Pontificia Universidad Católica del Perú
Departamento de Humanidades



EL PROBLEMA DEL LIBRO EN EL PERÚ: EL PUNTO DE VISTA DE LAS BIBLIOTECAS

Carmen Villanueva

Serie
Temas de Bibliotecología e Información
N° 1

Lima, 1997

Villanueva, Carmen

El problema del libro en el Perú: el punto de vista de las bibliotecas. -- Lima: PUCP. Departamento de Humanidades, 1997.

20 p.; 25 cm. -- (Temas de Bibliotecología e Información; no. 1)

Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria cuadra 18 s/n, San Miguel - Lima, PERÚ
Apartado 1761 - Lima 100 - PERÚ

PRESENTACIÓN

El propósito de la serie que iniciamos ahora es recoger y divulgar el pensamiento y la opinión sobre los diversos temas de la bibliotecología y la ciencia de la información, y ponerlos al alcance de quienes están comprometidos con su desarrollo: profesores, alumnos, profesionales de la información y aquellos que desde otras perspectivas o como usuarios reciben la influencia de los cambios y los avances que se dan al interior de tales disciplinas. Se trata, primordialmente, de difundir textos de actos académicos, que incluyen conferencias, conversatorios, mesas redondas, entre otras actividades, así como ensayos.

El primer número de esta serie aparece luego de conmemorarse el décimo aniversario de la creación de la carrera de Bibliotecología y Ciencia de la Información en esta Universidad y recoge la ponencia que presentó la doctora Carmen Villanueva, directora de la Biblioteca Central de la Pontificia Universidad Católica del Perú y profesora de la Especialidad, en el Coloquio "La bibliotecología hoy: cambios y desafíos", llevado a cabo del 22 al 26 de mayo de 1995 en esta Universidad.

Aurora de la Vega de Deza
Coordinadora de la Especialidad de
Bibliotecología y Ciencia de la Información

EL PROBLEMA DEL LIBRO EN EL PERÚ: EL PUNTO DE VISTA DE LAS BIBLIOTECAS.

Carmen Villanueva*

Hablar del libro desde el punto de vista de las bibliotecas era hasta hace unas décadas, hablar del material básico y central de estas instituciones.

Aún más, entendíamos como "libro" prácticamente todo documento en que hubieran quedado registrados los conocimientos y sentimientos del hombre, la experiencia humana en todas sus posibilidades.

Así sabemos de las bibliotecas, o protobibliotecas, si se quiere ser más específico, surgidas de la urgencia y de la necesidad de plasmar las exigencias de los tratos interpersonales cotidianos, o de la íntima reflexión sobre la relación del hombre con lo sobrenatural, y también, de asegurar la continuidad, esta vez, de las alianzas entre la creatura y las fuerzas desconocidas para garantizar su benevolencia.

Todo esto era parte de los privilegios de un grupo, y el poseer y dominar estos conocimientos, era también base de su poder. El "conocer es poder" era desde entonces frase perfectamente cierta.

* Directora de la Biblioteca Central y profesora principal del Departamento de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú (Lima).

Pero en el siglo XV apareció la imprenta, y con ella, el libro que conocemos, básicamente el mismo desde entonces.

El libro impreso llevó todo lo anterior a una masiva difusión como nunca antes se había visto, y además, a la generación de nuevos conocimientos y a la evolución de las ideas cada vez más rápida. El libro había producido una especie de fermento creativo en todos los ámbitos.

Había quedado atrás también la posesión secreta-sagrada de hechos, tradiciones, fórmulas, creencias, ciencia por élites de nacimiento, religión o función; el libro, una vez llevada a cabo su decodificación -saber leer-, estaba a disposición de todo aquel que lo tomara en sus manos y penetrara en sus páginas con sólo sus características humanas por antonomasia: su inteligencia, su razón, sus sentimientos.

Las barreras de tiempo y espacio que encerraban la antigua forma de transmisión quedaron rotas y el libro cambió economías y sociedades del mundo

Hoy, los bibliotecarios, documentalistas o trabajadores de la información, como prefiero llamarlos, reconocemos este valor del libro; pero entendemos que nuestro objetivo no es "tener buenas colecciones de libros" únicamente, sino que nuestras comunidades tengan el hábito de usarlos. Para ello requieren ciertamente no sólo el dominio de la lectura, sino la capacidad de buscar, descubrir y aprehender la información que necesitan en libros, en materiales audiovisuales, en medios electrónicos, por personas, etc., y finalmente fortalecer así su capacidad de análisis y crítica para tomar las decisiones correctas. Son éstas las exigencias que tienen que moldear la formación profesional del

bibliotecario actual.

Por eso es necesario hacer también una aclaración: el libro es parte de nuestro problema y de nuestra actividad; porque independientemente de toda la gama de recursos y métodos informativos que constituyen nuestras fuentes, es cierto que todavía el libro es mucho más que un símbolo en el trabajo de información. El libro es en todas partes el soporte mayoritario, por lo menos en determinados tipos de información. Es muy probable, como se prevé, que finalmente coexista con otros medios y que no desaparezca, como se demuestra en la historia de los intentos del hombre por transmitir sus conocimientos.

La dificultad es grande entre nosotros donde el objetivo de "trabajar con información" no ha calado adecuadamente todavía en muchas bibliotecas, inclusive en las académicas. Se trata entonces de "libros".

De alguna manera, por eso estamos tratando el problema del "libro en el Perú". Más precisamente, deberíamos hablar en ese sentido, de "los problemas del libro", porque el primero de ellos es si existe lo que un escritor africano ha llamado "la cultura del libro", que él reconoce inexistente en grandes zonas del tercer mundo, donde lo oral es aún más real y más creíble y respetable que lo impreso.

Dejemos de lado el hecho de que si el trabajo de los bibliotecarios es actualmente el de la información, por lo menos no tenemos a la vista la dedicación de sectores del gremio a esta actividad, además, interdisciplinaria.

Significaría que otras zonas o ambientes, alfabetizados e inmersos en las manifestaciones de la cultura occidental, estarían, o deberían estar signados por la cultura del libro

después de 500 años del establecimiento europeo en el continente y en el Perú.

Significaría también que existen, o deberían existir ciertas condiciones individuales, sociales, políticas, que la hicieran posible.

Si "cultura del libro" supone una situación en la que "el libro" cuenta con las facilidades para su creación, producción, distribución y utilización por los usuarios finales, necesariamente implica que los diversos sectores sociales y estatales coadyuvan armoniosamente sus acciones para que este proceso se desarrolle sin interferencias ni complicaciones.

Uno de esos sectores, el estado, es en este caso imprescindible. Hay demasiados aspectos que involucran decisiones que la sociedad como tal, ni los individuos ni las organizaciones pueden resolver.

Consideremos primero que sólo si el estado define una política en la que la alfabetización y su consolidación como medio para adentrarse en la cultura y en la ciencia, tanto como en la realidad circundante, sean prioritarias para formar ciudadanos presentes y participantes en el desarrollo del país, es decir, la alfabetización como un instrumento y no sólo como un fin estadístico una política en la que no sólo se caracterice a la educación como un deber y se la determine como autoeducación y se mencione la formación personal y crítica del educando, sino que cuide de poner los medios para lograrlo a su alcance; sólo si todo esto estuviese dado podríamos hablar de una parte importante de la política integral.

Si todo esto se declara y se implementa, entonces tendríamos que reconocer que deberían existir normas legales y administrativas para hacer viable tal política.

El proceso comienza con los generadores de información, en gran medida contenida en este formato de libro: investigadores, creadores, divulgadores, reunidos en universidades o en organizaciones especializadas, o independientes.

Todos ellos necesitan recursos para hacer su trabajo: estímulos, fundaciones, premios, pero también facilidades para mantenerse al día con el avance del conocimiento, y lo que a nosotros atañe en esta exposición; esto es acceso a libros, revistas y cualquier posibilidad de información actualizada .

Los resultados de estas investigaciones o creaciones deberán entonces dar el siguiente paso: publicarse para llegar a aquellos a quienes están dirigidas. Se requieren leyes que permitan adquirir papel, tinta, máquinas, a precios aceptables, medios a los que los impuestos ordenados por el estado pueden convertir en inmanejables por la determinación de los costos finales. Si ésa es la circunstancia, ninguna entidad no oficial puede revertirla.

Señalemos que la sola investigación realizada en el país, aún en las mejores condiciones para su publicación y difusión tampoco es suficiente. No es tiempo para pensar que se puede prescindir de la información producida en cualquier otra parte del mundo. De lo que no se puede prescindir es de su conocimiento, que impida los costosos resultados de la ignorancia o de la duplicación de esfuerzos y recursos en sociedades en las que el dinero es escaso.

En nuestro país, los que trabajamos en bibliotecas hemos sido testigos de hechos lamentables.

A los lectores -personas con derecho a informarse, en cualquiera de sus distintos niveles, desde los infantiles hasta los académicos- se les enfrenta a la carencia de materiales y de bibliotecas, doblemente necesarias por el gran esfuerzo que supone la adquisición individual de libros o revistas ; hasta tal punto que al cabo de algunos años se ha popularizado la idea de que es posible tener comunidades, escuelas y hasta universidades sin libros y sin servicios de información. Si ya no nos sorprende que algunos alumnos puedan llegar a los estudios universitarios sin haber nunca leído un solo libro completo, no nos puede asombrar su dificultad para aprender la bibliografía que se les recomienda, y mucho más la carencia de habilidad lectora, estrictamente, su situación de analfabetismo funcional.

¿Dónde quedaron las declaraciones sobre la autoeducación, el ejercicio en la investigación, la formación de la capacidad crítica pretendida por las leyes y por disposiciones sobre la educación peruana? Si los alumnos sólo pudieron repetir lo que el profesor decía, y en los mejores casos repetir lo que decía un texto, ¿cómo exponer su inteligencia y su imaginación a otros estímulos para ejercitar su capacidad de análisis, comparación, deducción, etc.?

Hay otras maneras de obstaculizar el proceso, aún dentro de las posibilidades que ofrece la ley. Es todo el aparato administrativo del estado el que puede poner barreras insalvables. Recordemos que hace algunos años, no muchos, se detenía en la aduana microfilmes de ejemplares valiosos adquiridos con esfuerzo, porque se "suponía" que podía

tratarse de películas obscenas, y que se trataba de verificarlas en oficinas que carecían de máquinas lectoras para tal fin. Cuando convencidos de la inutilidad del intento, un año después, se permitía desaduanarlos, los hongos y la humedad los habían convertido en inservibles. Tiempo y dinero perdidos, pero sobre todo un investigador imposibilitado de continuar con su trabajo.

También recordamos el interminable peregrinaje para comprar libros y revistas científicos y culturales en épocas de hiperinflación, cuando la única alternativa era adquirirlos con el tipo de cambio destinado, entre otros, para ese fin. Las pocas bibliotecas que tuvieron apoyo para tratar de mantener sus colecciones importando estos materiales para sus estudiosos, en tiempos en que el mercado librero se volvió casi inexistente, realizaron todos los trámites que la ley indicaba, para concluir con el descubrimiento de otras normas que permitían el uso de divisas preferenciales para libros de historietas, revistas de modas o cocina, pero de ninguna manera para temas académicos. Por consiguiente, al cabo de un año de gestiones, todo tuvo que pagarse con las divisas más caras, disminuyendo así la gama de información que debía ofrecerse a quienes investigaban para el desarrollo del país.

Cuando se habla de la modernización hay que llegar hasta el punto en que deja de ser teoría para descender al plano en que las medidas afectan a los ciudadanos. La importancia que los países desarrollados conceden a la información científica y técnica, a su comunicación y circulación inmediata, ha creado formas de venta y distribución que permiten contar con ella a muy breve tiempo de su publicación. Dichos sistemas no son conocidos ni aceptados por entidades oficiales de comercio y aduanas,

que continúan exigiendo documentación y métodos de envío más difíciles y cada vez más dejados de lado por las empresas especializadas. Aún peor, la eficiencia de esos sistemas los hace más baratos, y muchas veces tenemos que optar por sistemas obsoletos que perjudican al investigador por la demora, y deben ser pagados a precios más altos, o por lo menos tienen una deficiente relación de costo efectividad.

Estado, generadores de información, impresores, editores, libreros, bibliotecarios. Todos ellos nos hacen recordar a las corporaciones medievales del libro, tienen un solo fin, no compiten entre sí. Los congresos, seminarios, conferencias, de los gremios más poderosos de editores y bibliotecarios nos los muestran uno al lado del otro, creando y fomentando hábitos de lectura.

No contamos en el Perú con investigaciones mayores sobre los hábitos de lectura o sobre los lectores como ocurre en países con tradición bibliotecaria. Sin embargo, donde existen, inciden siempre en el principio de la costumbre lectora adquirida por placer.

La lectura no obligada, la que estimula la imaginación, la que recrea, la que entretiene, la que divierte; ésa es la que crea hábito, ejercita la habilidad y la rapidez, que finalmente encuentra en el libro escolar y más tarde en el científico un elemento familiar que puede ser comprendido y apreciado.

Es inicialmente el libro, juguete, al que el futuro lector se acerca sin recelo y con alegría del que irá pasando poco a poco a sucesivos modelos de mayor complejidad, pero siempre por placer.

Volvamos a los párrafos anteriores. Si la concepción de la política educativa y cultural no es integral y no está concebida consistentemente, no se advertirá que no pueden surgir lectores e investigadores sin haberlos formado como la experiencia señala. Obviamente el diseño de la política pasa por la etapa de informarse acerca de todo esto, lo cual no es habitual entre nosotros.

Es imposible dejar de mencionar la deliciosa anécdota publicada en la revista de la Cámara Peruana del Libro: cuando la madre de un niño muy bien dotado le preguntó a Einstein cómo podría ayudarlo a ser un gran matemático, éste le respondió: "Léale sobre los grandes mitos del pasado. Estimule su imaginación".

Quizá el mayor problema del libro en el Perú es que no hay un diagnóstico riguroso del mismo. A los vaivenes de las disposiciones legales y administrativas, a las condiciones económicas y a su relación con la caída del poder adquisitivo de la población, se une lo empírico de su tratamiento.

Es un lugar común decir que en el Perú no se lee. Si queremos ser realmente exactos, deberíamos decir que no sabemos qué se lee, ni cuánto, ni quiénes, ni por qué se lee o no se lee. Porque tenemos datos de cuánto se vende en las librerías, pero ese dato no es equivalente a población lectora .

A los que trabajamos en información nos interesa esto mismo, aunque en circunstancias normales suele darse una correlación cercana entre ambos datos. Aunque parezca paradójico, lugar donde se compran más libros es un lugar donde se suele leer mucho también en las bibliotecas.

Lo que surge de esto es un tema que tiene que ver con la piratería que todos conocemos y que es manifestación también en algunos aspectos, con problemas de fondo; la piratería no es un problema originado entre nosotros ni exclusivo del Perú. Históricamente sabemos que ha existido por siglos. Pero hoy, muchos países, sobre todo del Tercer Mundo no encuentran una solución a los altos precios y al consiguiente no acceso al conocimiento contenido en los libros y revistas.

A los bibliotecarios nos interesa por eso que la lucha contra la piratería ofrezca una alternativa para aquellos a quienes su capacidad adquisitiva no alcanza a los precios vigentes.

No nos engañemos suponiendo que los precios bajos de las ediciones piratas son "la solución"; de hecho determinan el desaliento de los generadores de la información -nuestros investigadores, creadores y artistas- que no obtendrán la justa recompensa a su trabajo, y ése es el mayor daño producido al desarrollo del país en su conjunto.

Ellos deben tener sus lectores -finalmente sus clientes- el proceso para que ambos se encuentren es el que tendrá que ser formulado y coordinado entre el estado y todos los participantes, impresores, editores, libreros, bibliotecarios, esta nueva corporación del libro.

A los bibliotecarios, a los educadores, a la sociedad, le importa cuánto se lee, porque cuánto se vende o se compra es importante, pero sólo es una medida referencial para lo primordial.

El libro, su producción, distribución y uso, como tantos

otros elementos de nuestra vida cotidiana, no puede mantenerse ajeno a las distorsiones causadas por el desequilibrio de la economía, que resulta en un ingreso bajo per cápita, del que no puede esperarse comportamiento igual al de una sociedad desarrollada frente al consumo de bienes y servicios.

La urgencia de cubrir necesidades básicas para la supervivencia -alimentación, luego vivienda...- lleva a la búsqueda de formas alternativas al empleo o subempleo y al fenómeno de la informalidad. Luego queda la educación para llegar a la cual el esfuerzo requerido puede convertirse en una barrera casi imposible de sobrepasar. La deserción es su manifestación.

Pero nuestro trabajo no se circunscribe sólo a lo llamado comúnmente "educativo". Se refiere a la administración y difusión de los conocimientos que puedan ofrecer respuestas a los problemas individuales, de las organizaciones y del estado. Por eso es grave la carencia de buenas unidades, centros o bibliotecas, -finalmente el nombre es irrelevante mientras cumplan su función porque antes y ahora, lo que hace la diferencia entre una buena y una deficiente toma de decisiones es el nivel de información con que se ha contado para el análisis y pleno conocimiento del problema.

Es interesante anotar cómo, mientras el Estado y sus instituciones, y una gran mayoría de instituciones privadas-incluso las dedicadas a lo estrictamente "educativo" olvidaron o relegaron por años el desarrollo de esta función, ésta surgió con fuerza en el ámbito rural y en las zonas marginales por iniciativa popular, apoyadas por la comunidad o por las parroquias, ciertamente con la

flexibilidad, el dinamismo y hasta con la intuición de la bibliotecología más moderna. ¿Es que reconocieron cuán vital era el papel que cumplían y no podían permitirse errores o ausencias hasta donde les fuera posible? ¿Sería correcto llamarlos informales? Habría mucho que reflexionar al respecto.

Visto así, desde la perspectiva del comprador o del usuario "informal", la "cultura del libro" si parecería existir, porque si la empresa ilegal tiene éxito es porque no cumple con sus obligaciones, pero también porque tiene compradores que agotan sus ediciones una y otra vez.

Porque finalmente -y esto también necesita investigación y confirmación- los signos indican que hay demanda por libros. Científicos, literarios, técnicos, pornográficos, esotéricos, posiblemente de todo lo que interesa racional o emocionalmente al ser humano.

Pero ¿cuántos, cuáles, quiénes los leen, cuál es su precio promedio, cuánto gasta por año una familia en comprarlos, dónde, por qué y para qué los compra?

Todas son preguntas sin respuesta por ahora, pero indispensables para decir cuál es el mercado real del libro en el Perú.

Es cierto que es una investigación de envergadura, pero es lo único que puede ofrecer datos válidos para encontrar una solución definitiva.

Sí parece haber una buena hipótesis inicial: hay un público que necesita y demanda leer, pero carente de estímulos y facilidades para desarrollar el hábito de leer, pero que finalmente, lee a pesar de todas las dificultades.

BIBLIOGRAFÍA

A continuación se presenta una bibliografía general que ha servido de marco para la elaboración de la exposición sobre "El problema del libro en el Perú: el punto de vista de las bibliotecas".

1. Aboyade, Olabimpe. Communication potentials of the library for non-literates-; an experiment in providing information services in a rural setting. *Libri*, 34, 3, 1984.
2. Aithnard, K M. Is the library a source of information in the developing countries? Brighton, IFLA General Conference, 1987.
3. Atherton, P . Manual para sistemas y servicios de información. 1987.
4. Braunstein, Yale. Economics of intellectual rights in the international arena. *Journal of the American Society for Information Science*, 40, 1, 1989.
5. Butler, M. Planning a user study: the process defined. *College and Research Libraries*, jul. 1982.
6. Coghlan, Coleen. The role of information in governmental planning. *Advances in Librarianship*, 12, 1982.
7. Directrices sobre la política nacional de información ; alcances, formulación y aplicación. PGI-85/WS/14. París, 1985.
8. Haney, Roger, Michael Harris y Leonard Tipton. The impact of reading on human behaviour: the implications on communication research. *Advances in librarianship*, 6, 1976.

-
9. Kunz, Werner. Methods of analysis and evaluation of information needs, a critical review. München: Verlag Documentation, 1976.
 10. El libro en América Latina y el Caribe. Piratería editorial. Documentos de la Reunión Regional. Separata de los números 54-55, 1987.
 11. McGarry, Kevin. Communication, knowledge, and the librarian. London: Bingley, 1975
 12. Madden, Michael. Library users/ non users styles. American Libraries, feb.1979.
 13. Nazim Ali, S. Science and technology information transfer in developing countries: some problems and suggestions. Journal of Information Science, 15, 1989.
 14. Steinberg, S H. 500 años de imprenta. Barcelona: Zeus, 1963.
 15. University Libraries in developing countries. Proceedings of the IFLA-UNESCO pre-session seminar for librarians from developing countries. 1985.
 16. Wessel, A. The social use of information; ownership and access. N . Y.: Wiley, 1976.
 17. Wilson, T D. On user studies and information needs. The Journal of Documentation, 37,1, 1981.